

## El pasado futuro

### Movimientos populares, capitalismo y crisis

Xavier Domènech Sampere (UAB)

Me han pedido una charla sobre la historia de la relación entre movimientos sociales y la crisis y cierto es que difícilmente puede haber ahora mismo un tema más actual, como también lo es que debemos tomar con cuidado todo ejemplo histórico que no nos permita observar la singularidad de nuestro propio presente.

#### **La “crisis” de nuestros tiempos**

La crisis que estamos viviendo actualmente poco o nada se parece a lo que nuestra historia más reciente, aquella que forma parte de nuestra memoria viva, nos ha señalado como tal, a pesar de que muy probablemente en realidad lo que estamos viviendo es el resultado de una gran transformación iniciada en la década de los setenta que nos lleva hacia un nuevo tipo de sociedad. Pero fuera de este marco más amplio, se pretendió en los años noventa, una vez el gran competidor del capitalismo en la forma de socialismo irreal desapareció como sistema prácticamente de la faz de la tierra, que de la misma manera que nos encontrábamos al final de la historia, según nos contaba Fukuyama en un libro que fue generosamente financiado y difundido gracias al patrocinio de fundaciones *neocón*, estábamos también en el inicio de una “nueva economía”. Ésta se caracterizaba por un crecimiento constante, donde los ciclos del capitalismo eran ya cosa del pasado (sonroja ahora observar con que impunidad los profetas de tanta charlatanería siguen profetizando ahora desde la nada intelectual). Habría crisis sí, pero éstas, como la que vivimos en este país en 1993 serían de tipo “V”. Es decir, crisis de un fuerte impacto en un corto espacio de tiempo que prologaba una pronta recuperación a partir de una política ajustes, básicamente practicadas sobre las rentas salariales y el gasto público, de reformas sobre la estructura del mercado laboral y de privatizaciones y desregularizaciones. Las mismas medidas que se pretenden ahora ante una crisis que no tiene ya nada de tipo “V”. De hecho, hace un par de años se popularizó la idea que esta podía ser una crisis tipo “U”, con

un mantenimiento temporal de la recesión más amplio, y finalmente ya se empezó a introducir la imagen de una crisis tipo “L” (no sabemos si al final de la letra se cae en el vacío o no, nunca han sido muy claros sobre esto).

Sea como sea, ante los diagnósticos debidos a los mismos parámetros que están en el origen de la crisis, aparecen dos posibles vías de solución que se nos presentan como la de izquierdas y la de derechas o, si se quiere, la de Obama o la de *Merkozy*. En la primera la expansión del gasto público debe permitir el consumo y reactivar la economía con la que se financiará la deuda que produce esta misma extensión; en la segunda la austeridad permitirá refinanciar la deuda pública y recuperar la confianza ante unos mercados que, sabiendo que el dinero no será “malgastado” harán fluir de nuevo el crédito al sector privado, reactivando la economía. Cabe decir que si la primera vía tiene algo de racional, la segunda tiene más que ver con el misticismo: hubo una culpa inicial y colectiva (la tuya, la mía, la nuestra, no la de las grandes fortunas), todo el mundo gastó por encima de lo que podía, todo el mundo pidió por encima de lo que se podía, se dio a las gentes más allá de lo que era “sostenible”; se exige ahora en consecuencia una penitencia colectiva, llamada sacrificio y austeridad, recortar todo aquello que está por encima de nuestras posibilidades (salarios, sanidad, educación, jubilaciones, coberturas sociales, lo llaman “devaluación interna”); y si la penitencia es realizada tal como se debe (sin protestas) vendrá entonces la “expiación”. ¿Quién será el que ofrezca ese “perdón”? Los mercados sin duda, que harán fluir el crédito, ¿O no era todo esto una crisis de “confianza”?

De todas formas, se opte por una vía u otra, lo cierto es que las dos esconden una verdad: en origen esta no fue una crisis de consumo, como tampoco lo fue de deuda pública. Fue una crisis financiera. De hecho, el paso del foco del problema financiero al problema de la deuda pública es digno de estudio como uno de los mayores ejercicios de cinismo progandístico de la historia. Si al inicio de la crisis, ahora ya hace cuatro años, el eslogan era “salvad a los bancos o el sistema desaparece”, y para entonces no había nadie que dijera nada en contra de aumentar el gasto público para salvar el sistema financiero, el actual es “habéis gastado demasiado, los derechos sociales son insostenibles, tenéis que recortar”.

Pero si eso asegura la recuperación de capital privado vía destrucción del capital público, no toca para nada el corazón de la inestabilidad.

La caída de beneficios privados constatada durante los años setenta, en parte producida por las conquistas sociales y salariales de los movimientos sociales en parte ante la constatación de que había un límite al aumento de beneficios mediante los aumentos constantes de productividad, llevó a varias decisiones estratégicas para superar esta situación que están en el origen de esta crisis. Una parte de ellas afectaban a la creación de una economía globalizada, tanto en lo que se refiere al flujo de mercancías como a las mismas formas organizacionales de la producción. Pero la parte que nos importa aquí afectó a un crecimiento vertiginoso de la economía virtual por encima de la real. Formaba parte del mismo proceso globalizador, pero adquirió cierta autonomía al convertirse en la principal fuente de reproducción de la tasa de beneficios, en términos especulativos que no productivos. Para conseguirlo se desregularizaron los mercados financieros, en un proceso que tuvo dos de sus hitos en 1986 con la integración de los mercados financieros a nivel mundial y en 1999 cuando se eliminó en USA la diferencia entre bancos de depósito y bancos de inversión, una diferencia que se había establecido en 1933, permitiendo convertir todo el capital ahorrado en líquido para la especulación financiera. Proceso que ha llevado a que si la proporción entre el valor del conjunto de activos financieros y el conjunto del stock de bienes físicos del capital (tierra, centros productivos, maquinaria, etc.) fuera de cinco a uno en 1982, en 2006, justo antes del inicio de la crisis, llegaría a ser de dieciséis a uno. En este contexto de crecimiento exponencial del capital virtual por encima del capital real, los mercados de futuros, que son el principal espacio de la especulación en la actualidad, han pasado de un valor marginal a principios de la década de los noventa del siglo pasado, a agrupar 600.000 millardos de dólares en 2008, cuando el valor total de la producción global de bienes y servicios del planeta es sólo de 56.200 millardos de dólares. No existen suficientes planetas tierra para pagar en este sentido la factura de la especulación financiera. De hecho, si ahora saliésemos de la crisis, cosa que evidentemente no pasará, a partir de un crecimiento del 3% anual, que es la medida que los “expertos” consideran idónea para una economía “sana”, en el 2030 llegaríamos a una producción global de bienes y servicios de 100.000 millardos. Con eso sólo pagaríamos una sexta parte de la

factura especulativa actual de los mercados de futuro. Tampoco cabe preocuparse mucho, si esa salida de la crisis se diera tampoco la tierra sería suficiente para soportar el crecimiento económico. Lo que está en crisis en este sentido es todo un modelo de producción de riqueza, no una parte del mismo.

### **El pasado de una relación: movimientos populares y crisis**

Esta crisis mantiene enormes parecidos, como no se ha dejado de señalar reiteradamente sin que al parecer esto haya afectado en demasía a las políticas practicadas, a la crisis de los años treinta que tuvo su detonador en la crisis financiera de 1929. Incluso la reacción de los movimientos populares que se dio en ese momento tiene algo de parecido con nuestro presente más inmediato. La principal respuesta diferencial en aquel momento se dio con el nacimiento de una nueva política y cultura en el campo de la izquierda: el frentepopulismo. Su corazón estuvo evidentemente en las grandes coaliciones políticas de Frente Popular que tuvieron un gran impacto en España, Francia o Chile, pero más allá como corriente impregnó todas las políticas de amplias alianzas de la izquierda frente a la crisis y el fascismo desde Europa a EEUU, pasando por América Latina. Ciertamente esto en su forma política no lo hemos visto hasta ahora y no parece que lo vayamos a ver en breve, pero en otros aspectos sí que se ha podido detectar el retorno al populismo. Muchas veces cuando se tacha de populistas las expresiones de los movimientos de protesta actuales contra la crisis, desde el 15M hasta el occupy Wall Street, se olvida demasiado fácilmente que en este tipo de situaciones siempre ha sido así. La confrontación de un capital financiero que domina y subordina el resto de esferas económicas conlleva efectos que van más allá del conflicto clásico en el seno del espacio productivo entre patronos y obreros, lo que amplía el conflicto hasta convertirlo en aparentemente interclasista. Aparentemente porque el populismo tiene un contenido de clase muy determinado en cada caso. Es decir si el discurso frentepopulista de los años treinta es un discurso de pueblo y no directamente de clase, y eso afecta tanto al campo socialista y comunista como al anarquista, lo cierto es que sus orígenes, metas y la misma definición de “pueblo” tiene un marcado contenido de clase. Pero también el fascismo se presentó en parte como una reacción populista contra una sociedad turbulenta marcada por la crisis. Cabe recordar en este contexto cómo Mussolini derogó en 1934 la capacidad crediticia de los bancos, manteniéndolos sólo como bancos de depósito, preservando esta función como exclusiva del Estado. Hecho

que no significa que su política no conllevara a su vez una intensificación sin parangón del control y la explotación de las clases populares. Pero en todo caso el populismo, en su vertiente de frentepopulismo en sentido amplio, estuvo en la base de la articulación de una respuesta amplia a favor de las clases populares a los convulsos años treinta, de la misma forma que estuvo en la base de los amplios movimientos de resistencia al fascismo. A pesar de ello la salida de la crisis, en el corazón de la misma, no se dio hasta la Segunda Guerra Mundial que funcionó, en términos económicos, como un acelerador de la demanda agregada. Vale la pena retener el final de esa crisis, como vale la pena retener que el período de esplendor económico más grande que han conocido las economías capitalistas, lo que se ha venido a llamar la edad de oro del capitalismo que se prolongó hasta los años setenta, vino de la mano del triunfo de una parte de los principios frentepopulistas, transformados en la experiencia de la resistencia, en la mayoría de constituciones europeas después de la segunda guerra mundial y de la extensión del comunismo como sistema hasta agrupar debajo suyo a un tercio de la humanidad. Paradójicamente, aunque no tanto en realidad, el capitalismo se estabilizó, se disciplinó, como sistema justo cuando sus principales críticos asumieron mayores cotas de poder.

De todas formas el carácter sistémico de la gran transformación que estamos viviendo acerca en otros sentidos mucho más esta crisis a la primera gran crisis del capitalismo (en un sistema donde la inestabilidad ha sido más la norma que la excepción) que se dio en el período comprendido entre 1874 y 1893. No por su carácter financiero, ni por su extensión temporal, sino por la gran transformación que implicó. Su base se encontraba en la gran revolución de las comunicaciones y la producción y transporte de mercancías que se dio con la Segunda Revolución Industrial, equiparable a la gran revolución de las comunicaciones y el proceso de globalización que hemos vivido nosotros mismos desde los años setenta hasta ahora, que de igual forma dio como resultado un tipo de sociedad completamente diferente. Una sociedad de masas donde las experiencias vivenciales, culturales, sociales, comunicativas y políticas vivieron una transformación radical y en la que los contornos sociales tomaron una clara forma clase. La salida de esa gran reestructuración del capitalismo se dio en ese caso por dos vías, la introducción de nuevas formas de organización del trabajo que aumentaron la productividad e intensificaron la explotación de la mano de obra y la captura de nuevos mercados en la forma de construcción de los imperios modernos. Y en aquello que se refiere a las

clases populares, que en este caso cada vez tenían cada vez más el rostro de clase obrera industrial, este fue un período extraordinariamente agitado y fértil de debate y realización táctica, estratégica y organizativa. Los grandes debates vividos en el seno de la AIT, entre aquellos que apostaban por el cooperativismo como forma de desconexión y sustitución del sistema capitalista, aquellos que lo hacían por la acción dentro del ámbito laboral, vía huelgas, o los que se inclinaban claramente por una insurrección política, dieron pie finalmente a la creación de los grandes partidos y sindicatos de masas como forma predominante de mejorar la vida de los trabajadores y a gran parte de los principios sociales y políticos que han regido su acción hasta nuestro presente. En este sentido la creación de grandes partidos de masas, que tuvo en el SPD alemán su modelo primigenio que rápidamente se extendió, o los mismos sindicatos ligados a las grandes concentraciones industriales, como formas de acción y organización principal de las clases populares son modelos relativamente recientes producto de una realidad que probablemente ahora ya este periclitada, retornando muchos de los debates que se cerraron a finales del s.XIX en el marco de los movimientos sociales actuales. Unos debates que probablemente, al igual que sucedió en el pasado, se extenderán en el tiempo, acumulando nuevas experiencias, principios y formas de articulación organizativa.

### **Pasado, presente y futuro**

De todas formas, a pesar del parecido que guarda esta crisis con otras anteriores, no podemos dejar de señalar algunas diferencias sustanciales. Si una de las vías de superación de la contradicciones internas del capitalismo a finales del s.XIX fue su expansión como sistema de Europa y Estados Unidos hacia el mundo, ahora esto ya no es posible, tanto por las dimensiones del sistema como por la dimensiones del propio capital financiero.

Por una parte la subordinación de todas las realidades económicas a un capital financiero absolutamente sobredimensionado no se puede solucionar, pagar, en una sola crisis. Se irán superponiendo unas a otras. Primero son los activos basura, después los bonos soberanos, después los rescates, después... Es todo el modelo el que está en juego, nunca ha sido tan verdad como ahora el lema de que esto no es una crisis: se llama capitalismo. Un capitalismo que se define ya tanto por su capacidad de explotar

como por su capacidad por excluir y donde, además, la vieja contradicción entre capital y trabajo es substituida por la contradicción cada vez más central entre el capital y la vida. El crecimiento económico necesario para sostener la crisis financiera, y para sostener un sistema que si no crece entra en crisis, puede ser ya ahora mismo incompatible con la misma vida. No es baladí traer a colación aquí el análisis realizado por los investigadores del MIT, como actualización del informe de 1972 sobre *Los límites del crecimiento* patrocinado para el nada sospechoso de izquierdismo Club de Roma. Actualización en la que sobre la previsión de los diez escenarios posibles de desarrollo del capitalismo en el siglo XXI en ocho de ellos se daría un colapso medioambiental. Sólo en dos no sería así. En el primero de ellos no sería así si lo cambios necesarios se hubieran realizado en 1982, en el segundo si se hubieran hecho en 2002. El informe se publicó en 2004. A su vez, tampoco podemos obviar en el análisis de la crisis el problema energético. La humanidad siempre ha substituido la base energética de cada uno de sus modelos de producción a partir del encuentro de una energía más eficiente, transportable y barata. Así sucedió con el paso de la biomasa al carbón y del carbón al petróleo y a la electricidad. Por primera vez esto no es así. No existe un substituto clara al petróleo justo en el momento que éste está entrando en vías de agotamiento.

Este conjunto de elementos por si solo nos indica la posibilidad más que real de un fuerte riesgo sistémico y no sólo financiero. Ciertamente el capitalismo a mostrado una enorme capacidad de adaptación y supervivencia a pesar de su naturaleza inestable, pero su implosión no sería algo inusual en la historia de la humanidad. La mayoría de sistemas han acabado así. La diferencia radical es que es el único sistema creado por nuestra especie que ha llegado a ser global y, como tal, su implosión está intrínsecamente relacionada con la misma posibilidad de la perdurabilidad de nuestra especie. Los retos son en este sentido inmensos y la situación, como no puede ser de otra forma, ha llevado que la crisis deviniera rápidamente en una crisis política. Su primera expresión en nuestro país se ha gestado en este sentido como una crisis de hegemonía de nuestras instituciones en medio de la cual han surgido nuevos movimientos de protesta. Estos, y otros que vendrán, como en el pasado serán la base de la experimentación de nuevas formas de acción y organización, de nuevos principios y de la reformulación de los viejos. Probablemente no será un camino corto, pero vale la pena retener que, incluso en las peores condiciones de crisis y dictaduras, en el

pasado ha sido posible no sólo la protesta, sino también el desafío. Para ello, en una época de cambios, hace falta que las preguntas de los movimientos sociales vayan progresivamente construyendo respuesta sobre cómo actuar, cómo hacerlo efectivamente, cómo organizarse cómo hacerlo efectivamente, qué proponer para construir una realidad alternativa, cómo hacerla efectiva. Probablemente es un trabajo lento, como lo fue en toda su historia pasada, pero es el único trabajo que tiene futuro.